

que pueden sintetizarse la intención y finalidad del segundo libro mencionado, esto es, el drama de 1936, es esencialmente enfocado por sus investigadores más reputados con tesis y teorías casi coincidentes con las sustentadas por Madariaga. A la fecha trágica de 1936 se llegó, en sus motivos inmediatos y próximos, por la disipación del espíritu institucionista de diálogo, que tuvo su máximo reflejo en el partido socialista, cuya escisión entre rusófilos y socialdemócratas hendió la última esperanza de convivencia dentro de la República.

Otro espíritu del mismo linaje que el de D. Salvador, Gregorio Marañón, se sorprendió de la frecuencia con la que los talentos superiores habían columbrado el futuro. Madariaga poseyó este don inaccesible a la tropa de eruditos e historiadores de profesión, inmersos en la tarea vulgar e indispensable de reconstruir el pasado tal como fue. Sus *«Memorias de un federalista»* son, aplicado al caso español, la demostración más refulgente y ostensible de ese quid casi divino. Su cartografía del rumbo nacional en tema tan capital como la armónica ensambladura y conjugación de los términos unidad y autonomía una vez recobradas las libertades es de llamativa precisión. Ningún hilo del complicado entramado dejó de estar presente en su panóptica mirada. Sus compatriotas de la hora actual rendiríamos el mejor tributo a su memoria y nos pertrecharíamos con el mejor bagaje ante el inmediato futuro con la lectura asidua de su testamento español. Posiblemente ella nos inocularía contra cualquier virus de enfrentamientos maximalistas, acuciando la inventiva para encontrar fórmulas de armonía en la diversidad. Desgraciadamente, aunque de modo explicable y comprensible desde muchos supuestos dados los condicionamientos de la primera etapa de la Transición, los constituyentes de 1978, no pudieron en vida, ofrecerle a Madariaga, el homenaje de la aceptación de su ideario federal, el único quizás capaz de ordenar adecuadamente el protagonismo de las diversas parcelas de una nación que quisiéramos indestructible.

¿Cómo organizar a España? Federalmente, desde luego. Pero comencemos por apuntar que esta solución que imponen el sentido común y el respeto a la variedad de nuestro pueblo tiene sus contras, tantas que, al adoptarlas, más que desposarnos con un ensueño nos inclinamos ante la necesidad.

La solución será cara, puesto que multiplicará las burocracias, con su pertinaz tendencia al balduque, la tramitación, el papeleo, las rivalidades de jurisdicciones... y hará más difícil, larga y compleja toda función creadora y productora.

Tenderá también a crear ambientes distintos, en la legislación, la administración, la justicia, la policía, la enseñanza, que pudieran bien resultar intolerables para un conjunto como el español entretejido en vida común desde hace ya varios siglos.

Perteneció Madariaga a la estirpe de próceres liberales con que se esmalta nuestra historia desde el momento en que en ella aparecieron contrapuestas conductas en punto de encauzar su actividad por derroteros de tradición o de progreso. Que entre ambos términos no existía incompatibilidad real alguna, nada lo atestigua mejor que el que con toda propiedad quepa hablar y referirse a una tradición liberal. Afortunadamente, no fue D.Salvador el último eslabón de esta fecunda cadena que cuenta hodierno con diversos representantes, unos de consecuente e inalterable trayectoria y otros —los más— de ejecutoria más alterada, con baños del Jordán y caminos de Damasco. En buena medida, a la obra de Madariaga se debe el que esta corriente manara

sin interrupción y sin debilitamiento notables de caudal en momentos difíciles para su curso. La biografía personal y literaria de este hiperespañol ha alimentado la confianza en los valores supremos de la convivencia en las generaciones que vivieron las oscuras épocas de la postguerra hispana y mundial. *Last, but not least*, el contemporaneísta debe experimentar una viva emoción al adentrarse por las páginas de una obra incomparable por su vigor intelectual, su preclaro humanismo y su acendrada y conmovedora españolidad.

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

## Utopía, ficción y mundos posibles

El sentido común asocia el espíritu de la utopía con los juegos de la imaginación, con los devaneos de los iluminados, las voces de los profetas y los visionarios o, a menudo, con la futurología que las ciencias sociales encubren detrás de sus dispositivos conceptuales. Sin embargo, hay que rechazar esta asociación tan difundida, como hay que rechazar también la idea de que lo utópico es una suerte de virtud relacionada con las buenas intenciones, por comprometidas que estén con el prójimo, con una nación o con el destino de un pueblo.

Se puede ser imaginativo sin desvariar, puede uno preocuparse por el futuro sin profesar ni profetizar y es lícito reconocer los buenos sentimientos y contentarse por ello, a sabiendas de que nada puede hacerse por remediar los males que diariamente suceden ante nuestros ojos. La humildad en las ideas, que es también una conciencia de lo limitado de las decisiones humanas, debería funcionar como un pre-requisito de la crítica y, por este medio, como una condición limitativa del ejercicio de todo proyecto que se autocalifique de utópico.

Contra estas asociaciones habituales, yo creo que lo utópico es *una manera particular de establecer una ligazón entre el presente histórico y el futuro*, una manera de enlazar la conciencia actual con nuestros propios sueños. Si damos al espíritu de la modernidad la cualidad de concebirse referido al futuro, todos somos en alguna medida utópicos, igual que puede decirse que todos somos en cierto modo modernos.

Esta sería pues, una diferencia esencial que nos separa, en la utopía, de las representaciones utópicas clásicas. Nuestros modelos están casi exclusivamente proyectados

sobre el futuro. Por esta razón, las utopías actuales no nos traen noticias de ninguna parte, ni describen reinos perdidos u olvidados sino que, confirmando lo que parecía evidente ya en tiempos de Kant, están directamente implicadas en la conciencia de las condiciones presentes o han sido desarrolladas como tendencias cuyos gérmenes o indicios han de hallarse en esta época. Tiene razón Frank Manuel cuando sostiene que nuestro tiempo está borracho de futuro del mismo modo que la época romántica se embriagaba con el pasado. Nos preocupa cómo serán las cosas o, si se prefiere el peculiar enfoque de Ernst Bloch, cómo es el ser de las cosas en cuanto es un *Noch-nicht-Seins*, un ser que nunca es del todo, que aún no ha sido.

De acuerdo con este enfoque, podríamos abordar la cuestión de la utopía como una ontología *sui generis*, pero yo pienso que aquello que aún no es sólo puede evaluarse cabalmente como proyecto, de modo que para mí, lo más interesante —y quizás lo único interesante en la utopía actual— es la forma en que es concebida, un procedimiento que difiere sutilmente de la producción de aquellos lugares fantásticos imaginados por el utopismo clásico. En nuestra época los hombres construyen grandes sistemas racionales que sirven para estructurar sueños, para satisfacer deseos irrealizados en el presente.

Es cierto que en esta voluntad de satisfacción libidinal, por así decirlo, interviene una radical actitud crítica del presente, pero también es cierto que la racionalización de las críticas en una fórmula utópica no es garantía de la efectividad del gesto, tanto en la teoría como en la práctica, ni —desgraciadamente— está legitimada por la experiencia histórica. Por sus resultados, el espíritu utópico nos ha legado una buena cantidad de aberraciones sociales, y por su estilo, que se remonta a la Revolución Francesa, la propensión a la utopía ya no puede justificarse *per se*, es preciso cuestionar razones que empiezan con un manifiesto y acaban haciendo funcionar sin descanso la cuchilla de la guillotina.

Hemos dicho que, en un sentido general, la utopía en nuestra época es del todo diferente de la utopía clásica: Thomas Moore, Cabet, Morelly, y no digamos, el viejo Platón. Atinando el juicio, se diría que sólo compartimos con ellos una común referencia a la dimensión imaginaria del ser social, pero mientras que los utopistas de antaño jamás trasponían el límite ontológico de sus modelos imaginarios, nosotros consideramos necesario, incluso prudente y deseable, hacerlo. Para lo imaginario nos damos unos géneros, la literatura fantástica, la mitología; unas teorías interpretativas, el psicoanálisis, las fórmulas ideológicas, las viejas y nuevas religiones; y una prodigiosa variedad de recursos expresivos alimentada por nuestro desarrollo tecnológico. No nos reconocemos utópicos por nuestra relación con los infinitos meandros de nuestra imaginación sino por nuestra voluntad de modelar el futuro *concreto*. Por eso cada nueva fórmula o empeño se esmera en la descripción pero pone aún más el acento en el imperativo de que aquello que describimos alguna vez *se realice*. No concebimos nuestros modelos para solaz de nuestro espíritu —y cuando lo hacemos decimos que son literarios, traicionando el sentido maravilloso de la literatura— sino para llevarlos a la práctica. Estamos enajenados por el genio emprendedor de los tiempos modernos. Ningún profeta de la utopía renuncia a este precepto esencial: cada nueva modalidad que se propone para las relaciones humanas, cada innovación que se introduce como pro-

yecto en el estilo de vida, en la organización social, en la producción, en las costumbres, nos llega acompañada por una determinada práctica y por una voluntad, que es preciso se difunda al conjunto de la comunidad, que hay que hacer real, efectiva, extendida a todos nuestros semejantes.

A esta característica de la utopía contemporánea se asocia una segunda, que también difiere del modelo clásico. Puesto que nuestras utopías tienen que llevarse a la práctica, han de ser *racionales*, es decir, han de satisfacer en su proyecto el esquema *sine qua non* de toda mediación. En cierto modo, se busca con ello que sean probables, verosímiles, condición que la época moderna atribuye a la racionalidad. En efecto, lo irracional nos parece sobre todo improbable. Por consiguiente, ningún proyecto utópico, por disparatado que sea, está desprovisto de razón.

Pero como el carácter concreto y racional de un producto imaginario se inspira necesariamente en lo dado, las utopías actuales se presentan fuertemente vinculadas con el presente y con ese futuro perfectible al que se aplican según un abordaje que siempre es el mismo: las utopías se proponen mejorar el mundo, incluso cuando operan irónicamente, como distopías, como llama Manuel a las utopías negativas, pesimistas. El criterio de mejora implica una determinación de tipo ético, por eso las utopías, a diferencia de otras construcciones imaginarias, separan tajantemente el bien del mal y la solución que promueven se presenta como éticamente «justa». Desde luego, se trata de una eticidad que respeta los patrones de nuestra sociedad occidental, secularizada.

Si combinamos la fórmula que estipula la necesidad de que el modelo se realice con la idea de que la nueva condición que inaugura este modelo realizado sea éticamente justa, no basta con que nos limitemos a contemplarla en su bella, espléndida, racionalidad. Si dejamos que nos inspiren en nuestra labor futura resulta evidente que podemos y *debemos* hacer algo por ellas, además de formularlas. Recuérdese que, como hemos dicho antes, estos modelos llevan impresa la necesidad teórica de ser llevados a la práctica.

En este punto, la propensión a la utopía —en cuanto concibe un mundo mejor que el presente— aparece como una modalidad privilegiada de calificar la acción social. Tengamos en cuenta que sólo son buenas o malas las *acciones*. Adherir a una utopía se convierte en una *buena decisión*, y es *malo* rechazarla. Este equívoco, profundamente arraigado en nuestra conciencia, produce distinciones implacables: quien se manifiesta partidario de cambiar el presente es utópico y porque es utópico persigue el bien de sus semejantes, mientras que quien se niega a embarcarse en la utopía se convierte, lo quiera o no, en un cómplice del *statu quo*, en un pusilánime o, en el peor de los casos, en un reaccionario, uno de los tantos epítetos que llueven sobre los «representantes del mal». Podría criticarse este supuesto sobre la base de afirmar que no contempla la posibilidad de que el modelo utópico sea un desatino, o cuando menos, un error, pero es preferible recordar que este enfoque, tan común por ejemplo en la cuestión política, se apoya en uno de los grandes supuestos de las ciencias sociales, a saber, el supuesto de que en la sociedad, efectivamente, tienen lugar «cambios»; y no digamos el supuesto de que dichos cambios se deben a una «voluntad».

Ahora bien, hemos dicho que estos modelos de un futuro perfectible son construcciones imaginarias cuyo ser pertenece a esa extraña modalidad del ser-que-aun-no-ha-